

¿Conque tu corazón, que tú creías
Muerto para el amor, ha despertado,
Y ya al carro triunfal hállase atado
De esa mujer que es ángel para ti?
Que la llames tu esposa y tus caprichos
Sufra con siempre igual benevolencia;
Que con su amor prolongue tu existencia;
Que te cierre los ojos al morir!

La enfermedad que en su interior germina,
El noble sentimiento es de lo bello:
De la luz celestial rico destello
Que a pocas almas en el mundo hirió:
La facultad de hallar los atributos
Que revelan de Dios la omnipotencia
En seres mil en que la estéril ciencia
La forma natural sólo admiró.

Pero este sentimiento necesita
Fin o blanco hacia el cual nos encamine,
Pues de la vida el germen debilita
Si nos conduce a errar en lo ideal:
Tuerce nuestra razón, el cuerpo enerva
Y para el bien y el mal nos deja ineptos;
Siempre en el corazón de sus adeptos
Rompe o relaja el vínculo social.

Cuando tengas dominio sobre ella,
Dícelo así: comprenda su talento
Que puede utilizar tal sentimiento

Sobre la tierra ejecutando el bien.
Ame con tierno afecto a su familia;
Preste en su hogar al caminante abrigo;
La desnudez socorra del mendigo,
Y a su hambre dé pan, agua a su sed.

Sueñe con otro mundo; pero sea,
Siempre a la luz de mística esperanza,
Con aquél donde premio el justo alcanza
Cuando su corazón la muerte heló:
Sepa que el áureo cáliz de la vida
Pone la dicha en su engañosa espuma,
Que la bebida es de amargura suma,
Y apure hasta las heces con valor.

No quisiera decírtelo; mas, siendo
De sensibilidad ella un tesoro,
Mucho temo que ofendas su decoro
Tú, sospechando injusto de su fe.
Conozco tu carácter: cuando amas,
De tu sombra y tu voz tienes recelo:
Si tal haces, su amor truecas en hielo,
Que es única en su especie esta mujer.

Es el cristal que, limpio y transparente,
De leve duda al hálito se empaña:
La sensitiva que al contacto ardiente
De la mano del hombre se alarmó.
Si su delicadeza una vez hieres,
Cuando su estimación hayas perdido,

Aunque le quede el corazón partido,
Ella jamás te volverá su amor.

Quiérela, sí, porque beldad tan rara
Unida a tan excelsa inteligencia,
Se halla sólo una vez en la existencia,
Como en lóbrego cielo blanca luz.
El entusiasmo que tu dicha inspira,
Distracción a mis penas hoy ofrece:
Al corazón gastado le parece
Que ha vuelto a su primera juventud!»

J.***

VI.

Paisaje de primavera.—La juventud de la naturaleza asociada a la juventud del corazón.—Diana admite los votos de Carlos.

En la margen bellísima del lago
Que ni el más leve céfiro acaricia:
Cuando ya de la tarde el ruido vago
La noche acalla, a la quietud propicia:

De las estrellas al fulgor brillante
Que en las serenas aguas reflejaba,
Carlos, pintado el gozo en su semblante,
Con el objeto de su amor se hallaba.

En la lejana extremidad del monte
Tapizado de rubias sementeras
Y sobre el fondo azul del horizonte,
Su cresta dibujaban las palmeras.

Era en el mes de marzo, y se cubría
De hojas el árbol, de verdor la loma:
La flor su seno virginal abría,
Su amor cantaba la gentil paloma.

Tibia la brisa que del ancho prado
Meció en la tarde las nacientes galas,
Sobre el botón del azahar nevado
Duerme, plegadas las volubles alas.

Diana, sentada sobre el césped blando
Al pie del oloroso limonero,
Guarda silencio, estática mirando
En la bóveda azul blanco lucero.

De la luz de la choza los destellos
Hieren el lago: el labrador activo
Eleva sus cantares, y hace en ellos
Dulce recuerdo del país nativo:

«Si da la noche tregua al trabajo,
A mi cabaña del monte bajo;
De mi semblante limpio el sudor:
En nada pienso durante el día;

La noche umbría
Trae recuerdos al corazón.

«Viene a la mente mi alegre infancia,
Padres, hermanos, y la fragancia
De aquellos campos donde nací:
La casta joven de sumo encanto

 Que quise tanto
Y a ver no he vuelto, pobre de mí!

«Ingrata es siempre la tierra extraña:
En ella a el alma sensible daña
Vago el recuerdo de antiguo bien;
La edad disipa sueños brillantes

 Tiernos amantes,
En la mañana la flor coged!»

—¿Oyes, Diana? . . . Aquí, bajo este cielo
Salpicado de nítidas estrellas,
Mudos testigos de mi amante anhelo,
Cual las del clima de mi patria bellas:

 Aquí, sobre la tierra perfumada
De primavera con el tibio aliento,
Donde ahora es el agua sosegada
Argentino tapiz, música el viento,

 Tu amor reclamo yo, porque mi alma
Vive sin él como en desierto ardiente
Falta de lluvia la marchita palma,
Cual pobre pez en agotada fuente.

 Que al traerme a vivir bajo este clima,
Poniendo ante mis ojos tu belleza,

Dios no quiso que el fuego que me anima
Fuera ocasión de perennal tristeza.

 Que al arrojarte Dios acá en el mundo
Para que fueras te arrojó, Diana,
De acciones nobles manantial fecundo
En el erial de la desdicha humana.

 ¿Respuesta no me das y palideces?
Dime que no; que, tan ilustre y bella,
Un esposo mejor que yo mereces....
¡Nunca otra fué mi maldecida estrella!

 Un corazón humilde, un nombre oscuro
Piedad a la mujer piden en vano,
¿No es cierto? dí....

 —No, Carlos, te lo juro:
Tuyo es mi corazón; tuya mi mano!

 Tú los vistes, ¡oh noche silenciosa!
Cuando tu curso apenas comenzabas:
Con tu misterio su ilusión dichosa,
Con tu esplendor su fuego acrecentabas.

 Esa inocente niña su cabeza
Reclinaba en el seno de su amado,
Y, mudo adorador de su belleza,
Contemplábala él entusiasmado.

 Con mano ardiente su cabello de oro,
En dos trenzas copiosas recogido,

Acariciaba, y al metal sonoro
De su amorosa voz prestaba oído.

De Diana las pupilas peregrinas,
De su ternura casta en los accesos,
Lágrimas eclipsaban diamantinas
Y él las secaba en el instante a besos!

En tanto el lago de cristal dormía,
Quejábase en el árbol la paloma;
La luna, hacia el Oriente, aparecía
Tras el declive de la extensa loma.

VII.

Un seudo-político de los que abundan en el país.—¿Está enamorado de Diana, o de sus diamantes?—Temores que inspira su conducta.

No sé si en mi paleta habrá colores
Con que yo retratarte, Álvarez, pueda,
O si, a pesar de artísticos sudores,
A mi aliento una empresa tal exceda.
Veo que tus acentos tronadores
Oye con atención ilustre rueda,
En la que hablar osara otro ninguno;
Tu profesión conozco: eres tribuno.

Tú marchas del progreso por la senda,
Y quieres a los pueblos oprimidos

Quitar la espesa vergonzosa venda
Que tejieran tiranos foragidos;
Y, aunque este pueblo mísero no entienda,
Por más que lleguen siempre a sus oídos
Las palabras que brotan de tu labio,
Padre te llama y te proclama sabio.

Emancipar la gran familia humana
Es tu anhelo especial, ¡anhelo santo!
Mas dime ¿por qué zurras la badana
A tus pobres domésticos en tanto?
Ángel de tolerancia soberana,
¿Por qué no extiendes de la patria el manto
Sobre el menesteroso que te roba
En el seguro de tu misma alcoba?

Tachas al propietario de egoísta
Porque al pobre sus tierras no reparte;
Es hombre nulo para ti el artista
Y máquina venal quien sigue a Marte;
Mas ¿qué rumor metálico la vista
Te hace volver solícito a otra parte,
De la ley en el noble santuario?
¡Silencio! el mes acaba.... ¡es su honorario!

No imitas al honrado ciudadano
Que al poder echa en cara sus abusos,
O si él gobierna, con robusta mano
Sabe a raya tener a los ilusos:
De la chusma insensata (y nunca en vano)

Halagas tú los corrompidos usos;
Te ofrece cuenta conservarla amiga;
Oro es tu ley; la patria, tu barriga.

Tu suerte ¡cuán diversa de la mía!
En el ocio tu vida pasa entera,
Y en la mitad de tan holgada vía
Te aguarda, sí, ministerial cartera.
Yo por ganar el pan de cada día,
Aguzo cuanto puedo la mollera,
Y, anotando guarismo tras guarismo,
Hallo en mí siempre el arrancado mismo.

Bien; sigamos así; mas dime, ¿cómo
Hirió el amor tu corazón de acero
Y ha convertido a Bruto en fiel palomo
De albo plumaje y canto lastimero?
A la verdad mi entendimiento romo
Esto no acierta a concebir: yo quiero
Me digas si a Diana haces la ronda,
O a sus ricos diamantes de Golconda.

Quiero también me digas (y dispensa
Si de prudente límite me salgo,
Y a tomarlo no vayas por ofensa,
Que un Potosí por mi franqueza valgo)
Si entre la diosa a quien tu amor incienso
Y tu persona, de común hay algo;
Si puede competir rastrera planta
Con el cedro que al cielo se levanta.

Y si no fuere así, tu alma patriota
¿Por qué, experimentando sus desdenes,
Con nube de tristeza se encapota,
Y con ira te aprietas ambas sienes?
Ello, si estás en público, se nota
Que tu dolor y cólera contienen,
Pues sabes que este género de males
Suele a risa mover a los mortales.—

Inspira miedo la serpiente astuta
Que al peregrino con su aliento enerva,
A un lado puesta dé la estrecha ruta,
Do a la vista se esconde entre la hierba.
Gusta el gusano de horadar la fruta
Que el hortelano a su festín reserva,
Y aunque la encuentre verde, echa en su seno
El inmundo licor de su veneno.

VIII.

Preparativos de boda.—El baile en la quinta.—El dominó blanco.—Don
Francisco de Quevedo.—Re conciliación de Álvarez y Carlos.
—Una carta anónima.—El desengaño.—Rompimiento.

Con regocijo acepta la familia
A Carlos para esposo de Diana,
Que si carece de riqueza, alberga
Su noble pecho cualidades altas.
Asoma la alegría a los semblantes

De hombres y de mujeres cuando hablan
 Del proyectado enlace que, sin duda,
 Tendrá efecto en la próxima semana.
 No faltan sonrisillas picarescas
 O señales equívocas de lástima
 Hacia el galán que, cual la antigua zorra,
 Las uvas que apetece verdes halla:
 Y es fuerza, al contemplar la indiferencia
 Con que a la hermosa novia Álvarez trata,
 Creer que en su alma con valor extingue
 Hasta el vestigio de amorosa llama,
 Y que del mundo imbécil (imitando
 Al Sabio Rey) los desengaños palpa.

El buen humor de todos contribuye
 A dar lustre al primer baile de máscaras,
 Por hallarse en el cual, vinieron jóvenes
 De la ciudad cercana, ilustres damas,
 Músicos y demás gente curiosa
 Que a la bulla concurre, aunque no baila.
 Cubre pérsica alfombra el pavimento,
 Cuadros y espejos las paredes blancas
 De la sala espaciosa y, por do quiera,
 Puestas las flores en marmóreas jarras,
 Su perfume exhalando, se marchitan,
 Cual la inocencia en el festín se empaña.
 Brilla la esperma en candelabros de oro,
 Sus instrumentos mágicos ensayan
 Los músicos, y pueblan el recinto,
 Con disfraz o sin él, personas varias.

El cabello trenzado con esmero,
 De alabastro la tez, de fuego el alma,
 Flexible la cintura como el junco
 Que se comba en la selva solitaria,
 Doncellas mil en brazos de los jóvenes
 Vuelan girando en la festiva danza.—
 La atención de la noble concurrencia,
 Cual ningún otro, en el momento llama
 Ligeró dominó de raso blanco,
 Que lleva capuchón color de grana.
 Su careta finísima remeda
 Semblante femenino lleno de gracia;
 Leve lunar junto al carmíneo labio
 De la sedosa tez la nieve esmalta.
 En su redor apíñase la turba
 De los curiosos que su mano palpan,
 Reconociendo en ella bajo el guante
 Tal pequeñez, que en fabulosa raya.
 Otros, della detrás, con disimulo,
 De su ropa talar alzan la falda,
 La bella forma de sus pies mirando,
 Que diminutos borceguíes calzan;
 Y se dicen los hombres al oído
 Que otra no puede ser sino Diana
 Quien así se disfraza, y ya su mano
 Quién para el comenzando vals demanda,
 Quién para la cuadrilla o la mazurca,
 Quién para la tercera contradanza;
 Mas ella se escabulle y deja a todos
 Tendiendo en vano con afán las palmas.